

# Carta de Colombia

Marta Senn. El poder de la música

Juan Gustavo Cobo Borda

«Escribir una autobiografía es, en el mejor de los casos, una tarea ingrata. Es un tipo de periodismo en el cual el reportaje, en vez del informe del testigo presencial del suceso, es sólo la memoria de la última vez que se recordó. Borges ilustra tal situación explicando el intento de su padre de demostrarle la incertidumbre de la memoria: pone una moneda en la mesa y la llama imagen. Pone una moneda sobre la primera y la llama primer recuerdo de la imagen. La siguiente moneda es el recuerdo de aquel recuerdo, y así sucesivamente. Como esta situación es axiomática, se deduce que escribir una autobiografía no es el tipo de trabajo con que se supone que disfrutaban la mayoría de los escritores. Y es evidente que contar lo que ocurrió no constituye forzosamente un buen relato. En mi relato, por ejemplo, no hay victorias espectaculares porque no hubo lucha. Yo aguanté y esperé. Creo que es lo que ha de hacer la mayoría de la gente; son realmente raras las ocasiones en las que existe la posibilidad de hacer más».

Paul Bowles, el compositor y novelista norteamericano, concluye así sus secas y fascinantes *Memorias de un nómada*. El libro de Martha Senn no es una autobiografía, en sentido convencional, pero al terminarlo hemos aprendido algo más sobre ella, sobre nosotros mismos, y sobre el poder de la música. Nos lleva a amarla aun más gracias al intenso vigor de su experiencia personal. Se entregó a ella y dejó atrás una seguramente más cómoda y estéril carrera de abogada y se negó a naufragar en las letales aguas apacibles de la vida cotidiana. Trató de ser una artista, y lo logró. Volvió fructífera su soledad.

Fue el demonio de su vocación artística quien la picó con su llama insaciable y la llevó a recorrer el mundo en pos de ese hálito con que su padre la había envenenado desde niña. Una ópera de Mozart, por ejemplo.

Este suizo-alemán que tocaba la cítara y se decidió a recorrer el mundo, en la postguerra, con cincuenta francos en el bolsillo. Lo hizo hablando seis idiomas y luego del Ecuador terminó por recalar en el *Hotel Granada* de Bogotá donde encontraría el amor. Esos tres danzantes de entonces dieron varios frutos.

Este libro tiene entonces un primer valor: como una mujer separada y con dos hijos pequeños se va a Nueva York y decide, inerme y a la vez inquebrantable, forjarse a sí misma. Volver terca y perdurable su vocación.

Siempre que un adolescente, mujer u hombre, insinúa tener una vocación artística, los padres, renegando de sus propios sueños de juventud, le sugieren estudiar algo que les permita vivir y luego si, como complemento o distracción, escribir, pintar, cantar, bailar, filmar o divagar. Con ello no sólo arruinan su vida sino le impiden comprobar, en la soledad del desafío, si efectivamente tenía la fuerza necesaria para convertirse en artista y arrasar así con tantas restricciones como las que nuestro medio coloca como obstáculos para impedir semejante destino.

Por ello la cadena feliz de evocaciones que este libro rescata no debe hacernos olvidar los llantos, fracasos y rechazos con que un propósito se fatiga, se desalienta en esperas o se ve postergado en sus razonables expectativas o en sus desafortunadas ilusiones. Pero la aparición providencial de un conductor en una carretera despoblada es quizás la consecuencia natural de quien se había preparado con tesón para ganar ese concurso y varios más. Para cantar con Kraus en Barcelona o Plácido Domingo en Tokyo. Para volver la ficción realidad y la realidad ficción. Así Martha Senn canta y cuenta casi todo— y algo más. Este libro debería volverse entonces obligatorio libro de texto para llevar a la práctica esa educación creativa que tanta falta hace en Colombia.

Es sólo un caso, si se quiere, sólo un único caso de una mujer que ama la música y da testimonio de ello en estas memorias, pero es un caso ejemplar, en un país de corta tradición musical y muy poco dado a reconocer las virtudes de «aguante y espera», que señalaba Bowles.

La noche del estreno, la entrevista en la prensa, las flores o los telegramas de felicitación, no deben tampoco cegarnos y hacernos olvidar la otra virtud de este libro: cómo la artista, una vez logra afianzarse en su carrera, debe recrearse a sí misma cada día. Ahondar no sólo su arte sino su alma en el entorno del mundo. Por ello viajamos por estas páginas a través de los proverbiales escenarios de la música y también por las mentes, apetitos, mezquindades, grandezas y manías que caracterizan al ser humano.

El portero de la Scala de Milán que busca seducir a la aspirante que entraría por la puerta grande, sin apoyarse en sus buenos oficios, o la fascinante franja de misterio que hace de toda existencia algo más que una línea recta en pos de su objetivo. Tal el caso del poema de Leopardi y su resonancia ancestral.

Quizás por ello mismo Martha Senn se ha abierto a otras suscitaciones, desde las canciones de cabaret berlinés de Kurt Weil hasta la musicalización de los poetas colombianos sin olvidar infundirles conciencia ecológica a los niños con su «Cajita de música», donde el irrevocable poder de la creación ejerce su imperio desde la infancia. Encarnando, como debe ser, en heroínas y malos. Tal también el motivo por el cual ha recorrido las zonas en conflicto de Colombia para lograr la sorprendente aleación entre el *Ave María* de Schubert y la letra del argentino León Gieco que proclama, una vez más:

«Solo le pido a Dios/ que la guerra no me sea indiferente/ es un monstruo grande y pisa fuerte/ toda la pobre inocencia de la gente./ Sólo le pido a Dios/ que el dolor no me sea indiferente/que la reseca muerte/ no me encuentre vacía y sola/ sin haber hecho lo suficiente».

No se ha quedado vacía y sola sino que ha luchado con denuedo. Al crecer en la batalla interminable contra los lobos de piel de oveja que dicen defender la cultura y sólo la usan para sus pequeños intereses parroquiales, contra los funcionarios diplomáticos que obsesionados por el escalafón de su carrera han eludido milagrosamente cualquier contacto con el arte, o contra los aduaneros de todo el mundo que ladran ante cualquier pasaporte colombiano. Este es también un libro de combate para defender lo que ama y denunciar a los hipócritas que nunca hacen nada y luego aplauden. Pero no se queda en ello pues también sabe de la dulce dignidad con que el poder consolador de la música no apacigua sino intensifica la percepción de quienes al ver cómo todo se les niega no encuentran en ella compensación sino energía y fuerza para mirar de frente a la muerte y resistir erguidos. Como lo dijo George Steiner en *Presencias reales*: «Creo que la modulación de la música resulta esencial en nuestra aprehensión y sufrimiento de la muerte. Sin las verdades de la música, ¿cuál sería nuestro déficit de espíritu al caer el día?»

De María Callas a Bárbara Hendricks, pasando por las divas que Proust volvió a inmortalizar en su novela, el mundo de las cantantes líricas tiene hoy, como ayer, una aureola de leyenda. De magia e irrealidad, que alude a un pasado mítico, de dramáticas pasiones, acordes quizás con las heroínas que representan, trémulas y desgarradas. Algo de todo ello también se asoma aquí, donde Hegel es vencido por los elixires del amor, o el ruiseñor encantado nos arrastra fuera del lecho, presos del embeleso de su canto. Esos toques de experiencia certifican la verdad de este libro.

Martha Senn combina así la intensidad de una ménade poseída por las furias de la música con la equilibrada armonía interior de quien ya ha hecho

suya la lira de Orfeo y la comparte con quienes merecen ese don. Veinte años de entrega profesional a la música han vuelto ese volcán interno un cauce armónico que ahora, en estas reminiscencias, nos confirma la intensa precisión con que una vez femenina, sensible y exacta, vuelve a edificar ante nosotros su vida con tanta pasión como indudable humor. Este libro es también un valiente acto de coraje expresivo.

Reynaldo Hahn, el venezolano francés que fuera amante de Marcel Proust y terminara sus días dirigiendo la Ópera de París dictó entre 1913 y 1914 unas valiosas conferencias que luego publicaría en libro con el título *Del canto*. Dijo allí: «La melodía representa en el canto el elemento sobrenatural que da a la palabra ese algo más de intensidad, de fuerza, de delicadeza, de poesía, de encanto o de misterio, por medios que escapan, al menos en parte, al análisis, y a cuyos encantos nos rendimos sin que podamos explicarlo. La palabra, en cambio, cargada de sentimiento y de pensamiento, comunica a la melodía una significación, tiene una acción directa y precisa sobre el espíritu y el corazón. Si entre la palabra y la melodía hubiese una que tuviera que dominar, no se discute que sería la palabra».

El legendario debate entre la melodía y la palabra, bien puede replantearse ante el texto de Hahn, vertido al español por Valentina Marulanda. Pero estas memorias musicales, estas notas sin aparente pentagrama, logran fundir las dos, palabras y melodía, para dibujarnos el perfil de una artista íntegra. Para llevarnos, como diría el poeta Ruben Darío, a ese reino encantado donde impera el Hada Armonía.